

Era una niña perdida,  
sin entender por qué lloraba cada vez que caía  
sin entender por qué tenía que cantarle a la luna  
contemplando en silencio la estrella más cercana a su melodía.  
Aquella, que cerraba los ojos para buscar vibraciones  
que solo en su pecho latían.  
O quizá para no ver las injusticias  
sobre la piel de los que acaban en la calle de la melancolía,  
dibujando en el suelo  
sin dinero para la comida.

¡Sácame los órganos o mírame y se color!

Ya lo decía Unamuno:

el racismo se cura viajando, y el fascismo  
con la lectura.

Esa niña

se desnudaba sobre el lienzo más roto  
hasta acabar cosiéndolo con los hilos de su pentagrama.  
De sus cuencas oculares caía la tinta  
para estampar en el folio las voces que la complementaban.  
Que no es “haz el amor y no la cama”  
que se trata de sentir el alma  
y a través de efectos vocales,  
de imágenes y láminas enredadas entre sábanas frías  
y crudeza de versos con tequila.  
En el erizar de la piel  
Por el pincel clavado en la espina dorsal de la vida  
o lamerte.

Y lo que recito sobre una niña se transforma en arte

Y no en simples huesos y pellejo  
sino en el reflejo atormentado de la pintura.

El yo se descompone,

y el propio cuerpo

¿cuál es el camino de la persona que desaparece?

Escuchar a las pinturas.

***Alina Razumouska***